

Réquiem por
todos los muertos

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título: *Service for All Dead*

En cubierta: fotografía © zettberlin / Photocase

© Colin Dexter, 1979

Publicado originalmente en inglés por Macmillan,
un sello de Pan Macmillan, una división de
Macmillan Publishers International Limited
y por acuerdo con Casanovas & Lynch Agencia Literaria

© De la traducción, Pablo González-Nuevo

© Ediciones Siruela, S. A., 2024

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 978-84-10183-53-7

Depósito legal: M-13.175-2024

Impreso en Gráficas Dehon

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Colin Dexter

RÉQUIEM POR
TODOS LOS MUERTOS

Traducción del inglés de
Pablo González-Nuevo

 Siruela

Nuevos Tiempos Policiaca

Para John Poole

«Escogería antes estar a la puerta de la casa de mi Dios,
que habitar en las moradas de maldad».

Salmo 84, 10

PRIMER LIBRO
DE CRÓNICAS

El reverendo Lionel Watson estrechó con desgana la última mano, elegantemente enguantada, esa delgada mano de la señora Emily Walsh-Atkins, con la seguridad de que todos los bancos de la vieja iglesia a sus espaldas estaban ya vacíos. Siempre sucedía lo mismo. Mientras las demás señoras emperifolladas se daban la vuelta para charlar sobre meriendas y vestidos de verano, el organista acababa de tocar y los chicos del coro, desprendidos de sus túnicas, se remetían los faldones de las camisetas en sus vaqueros acampanados, la señora Walsh-Atkins siempre permanecía varios minutos más arrodillada con lo que Lawson a veces consideraba una exagerada reverencia hacia el Todopoderoso. Aunque lo cierto, y Lawson lo sabía bien, era que no le faltaban motivos por los que estar agradecida. Tenía ochenta y un años, pero aún conservaba una envidiable agilidad física y mental, y únicamente había empezado a fallarle la vista de un tiempo a esta parte. Vivía en North Oxford, en una residencia de ancianos protegida de las miradas extrañas por una valla de considerable altura y una larga hilera de abetos. Allí, desde el ventanal de la sala de estar, que olía a lavanda y limpiador de plata, podía contemplar el césped y los senderos perfectamente atendidos, donde el conserje recogía sin prisa casi a diario las latas de Coca Cola, las bolsas de patatas fritas y alguna botella de leche que arrojaban esos desconocidos y profundamente depravados jóvenes que, en opinión de la señora Walsh-Atkins, no deberían tener derecho a pisar las calles (y mucho menos aún las calles de su adorado North Oxford). La residencia era extremadamente cara, pero la señora Walsh-Atkins era una mujer acaudalada,

y todos los domingos el sobrecito de papel marrón cuidadosamente cerrado que depositaba con delicadeza sobre la bandeja de la colecta contenía un billete doblado de cinco libras.

—Gracias por su homilía, vicario.

—Dios la bendiga.

Este breve diálogo, que no había variado una sola palabra a lo largo de los diez años que Lawson llevaba en la parroquia de St. Frideswide, era el más perfecto ejemplo de la incomunicación imperante entre un sacerdote y sus parroquianos. En los primeros tiempos de su ministerio, a Lawson le preocupaban vagamente «las homilías», pues era consciente de que sus sermones carecían del esperable fervor evangélico; si bien un hombre de inclinaciones eclesiásticas moderadamente elevadas como Lawson consideraba bastante inapropiado, incluso desagradable, el papel de mensajero elegido por designio divino. No obstante, la señora Walsh-Atkins parecía escuchar el zumbido del telégrafo celestial fuera cual fuera el mensaje del párroco, y cada domingo por la mañana volvía a hacer gala de su gratitud hacia el heraldo de tan importantes noticias. Por pura casualidad había pronunciado Lawson aquellas tres sencillas palabras después de su primer servicio, palabras mágicas que una vez más esa mañana dominical la señora Walsh-Atkins acogió felizmente en su seno, junto al libro de oraciones que sujetaba contra el pecho, mientras caminaba con su brioso paso de costumbre hacia St. Giles, donde el taxista habitual la estaría esperando en la pequeña plaza reservada junto al Monumento a los Mártires.

El vicario de St. Frideswide contempló la calurosa calle a izquierda y derecha. En aquel momento nada más le retenía allí, pero parecía curiosamente reacio a volver a entrar en la sombría iglesia. Alrededor de una docena de turistas japoneses avanzaban por la acera de enfrente, dirigidos por un pequeño guía con gafas que recitaba con voz chillona y entrecortada datos en torno a los antiguos encantos de la ciudad. Su sonsonete aún se escuchaba mientras el grupito se alejaba

con parsimonia calle arriba dejando atrás el cine, donde la gerencia anunciaba orgullosamente a su clientela la oportunidad de ser testigos privilegiados de las intimidades del intercambio de parejas al estilo continental. Pero para Lawson no existían los encantos de la sensualidad, ya que pensaba en otras cosas. Se quitó con cuidado la estola de seda blanca y dirigió su mirada hacia Carfax, donde la puerta del salón bar del Ox ya estaba abierta. Pero las tabernas nunca le habían despertado mucho interés. Es cierto que tomaba ocasionalmente una copita de jerez dulce durante algunas funciones diocesanas, pero si el alma de Lawson debía responder por algo cuando el arcángel hiciera sonar la trompeta final, desde luego no iba a ser por ningún cargo de ebriedad. Sin alterar un solo cabello de su cabeza cuidadosamente peinada, se quitó la sobrepelliz y se volvió para entrar despacio en la iglesia.

Aparte del organista, el señor Paul Morris, que ya había alcanzado los últimos compases de lo que a Lawson le pareció una pieza de Mozart, la única persona que aún quedaba en la nave central del edificio era la señora Brenda Josephs, mujer de un sobrio atractivo que estaría en la mitad o al final de la treintena. Llevaba un vestido de verano verde sin mangas, y estaba sentada en el fondo de la iglesia con un brazo bronceado apoyado en el respaldo del banco, mientras sus dedos acariciaban la suave superficie. Ella sonrió con diligencia al ver pasar a Lawson y este a su vez inclinó su pulcra cabeza a modo de informal bendición. Ya se habían saludado formalmente antes del servicio y ninguno de los dos parecía ansioso por retomar ahora la superficial conversación. De camino a la sacristía Lawson se detuvo un momento a recoger un escabel caído a los pies de un banco y, al hacerlo, oyó la puerta lateral del órgano cerrarse con brusquedad. ¿Quizá demasiado ruidosamente? ¿Con demasiada brusquedad?

Las cortinas se abrieron cuando llegó a la sacristía y un chiquillo pelirrojo de cara pecosa estuvo a punto de precipitarse en los brazos de Lawson.

—Calma, chico. ¡Calma! ¿A qué viene tanta prisa?

—Lo siento, señor. Había olvidado...

Casi sin aliento, el muchacho se calló de repente mientras ocultaba furtivamente detrás de la espalda la mitad de un paquete de chicles con sabor a frutas.

—Supongo que no estarías comiéndolos durante el sermón.

—No, señor.

—No es que fuera a culparte si lo hicieras. Reconozco que a veces puedo ser bastante aburrido, ¿no te parece?

El tono pedagógico de las primeras frases de Lawson se había suavizado, y poniendo una mano sobre la cabeza del chiquillo le revolvió el pelo con suavidad.

Peter Morris, el hijo del organista, levantó la mirada hacia Lawson esbozando una cauta sonrisa. Los matices de tono le pasaron del todo desapercibidos, aunque se dio cuenta de que todo iba bien y salió pitando detrás de los bancos.

—¡Peter! —El chiquillo se detuvo al instante y se dio la vuelta—. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo? ¡En la iglesia no se corre!

—Sí, señor. Eh, quiero decir no, señor.

—Y no olvides que la excursión del coro es el próximo sábado.

—Por supuesto que no, señor.

Lawson no había pasado por alto que el padre de Peter y Brenda Josephs estaban susurrando animadamente en el pórtico norte. Pero en esos momentos Paul Morris salía por la puerta con aire circunspecto detrás de su hijo y, al parecer, Brenda contemplaba solemne la pila bautismal datada en el año 1345 que, según la escueta guía, ocupaba el primer lugar entre las atracciones turísticas de la iglesia. Lawson dio media vuelta y entró en la sacristía.

Harry Josephs, el sacristán, casi había terminado. Después de cada servicio anotaba en el registro de la iglesia dos cifras junto a la fecha correspondiente: en primer lugar, el número de personas de la congregación que habían asistido, redon-

deando hacia arriba o hacia abajo hasta el cinco más cercano; y en segundo lugar la suma recaudada durante la colecta, meticulosamente contada hasta el último medio penique. La iglesia de St. Frideswide era una institución bastante boyante según casi todos los cómputos. Sus feligreses procedían en su mayoría de los sectores más pudientes de la comunidad, e incluso durante las vacaciones universitarias la iglesia estaba por lo general medio llena. Por tanto, era de esperar que el total sumado por el sacristán, que a continuación era comprobado por el vicario y finalmente ingresado en la cuenta de la parroquia en la sucursal del Barclays Bank de la calle High, no fuera una cantidad desdeñable. Los ingresos de esa mañana reposaban sobre el escritorio de Lawson en la sacristía ordenados según su valor: un billete de cinco libras, unos quince billetes de una libra, alrededor de una veintena de monedas de cincuenta peniques y varias pilas de diversas monedas de menor valor distribuidas meticulosamente en cantidades identificables con facilidad.

—Otro día con una excelente cifra de asistencia, Harry.

«Excelente» era una de las palabras favoritas del vocabulario de Lawson. Aunque en los círculos teológicos siempre había imperado cierto comedimiento a la hora mostrar excesivo interés por el mero recuento de cabezas, desde un enfoque más secular resultaba alentador poder reunir a un rebaño contundente, aunque solo fuera en lo que se refiere a su cantidad; y la palabra «excelente» parecía un idóneo término medio entre lo «bueno», desde un punto de vista puramente aritmético, y lo «divino», en el caso de recurrir un criterio más espiritual.

Harry asintió y anotó los totales.

—Compruebe el dinero rápidamente si quiere, señor. Son ciento treinta y cinco asistentes y cincuenta y siete libras con doce peniques de colecta.

—¿Hoy no ha habido medios peniques, Harry? —preguntó Lawson—. Parece que algunos de los muchachos del coro se han tomado al pie de la letra mi pequeña charla.

Con la destreza de un experimentado cajero de banco revisó los billetes de libra y después pasó los dedos sobre las pilas de monedas, como un obispo bendiciendo las cabezas durante una misa de confirmación. La suma del dinero era correcta.

—Uno de estos días me sorprenderás y meterás la pata, Harry.

De repente Josephs miró fijamente el rostro de Lawson, pero la expresión del ministro mientras firmaba la columna de totales del registro de la iglesia era de anodina benevolencia.

El vicario y el sacristán metieron el dinero en una vieja caja de hojalata de galletas Huntley & Palmer. No parecía un lugar muy seguro para guardar ninguna cantidad de dinero, por pequeña que fuera. Pero cuando el problema de la seguridad había salido a colación durante una de las últimas reuniones del consejo parroquial, nadie había sugerido una opción mejor, salvo la posibilidad de que una lata algo más moderna de la misma marca fuera quizá más útil a la hora de sugerir (si alguien la veía casualmente en el asiento trasero del Allegro de Josephs) que no contenía nada más valioso que unas pocas galletas sobrantes de jengibre y tapioca después de algún evento.

—Entonces creo que me iré ya, vicario. Mi mujer me estará esperando.

Lawson asintió y observó a su sacristán mientras se marchaba. Sí, Brenda Josephs le estaría esperando. Debía hacerlo. Hacía seis meses Harry había sido detenido por conducir en estado de ebriedad y, en gran medida gracias a la intervención de Lawson, el magistrado había rebajado su sentencia a una comparativamente indulgente multa de cincuenta libras y un año de retirada del carné de conducir. Los Josephs vivían en la localidad de Wolvercote, a unos cinco kilómetros del centro de la ciudad, y los domingos los autobuses eran menos frecuentes que los billetes de cinco en el cepillo de la iglesia.

La pequeña ventana de la sacristía estaba orientada al lado sur del edificio, y Lawson se sentó a su escritorio y miró im-

pávido el cementerio con las grises y avejentadas lápidas inclinadas en diversos ángulos, sus gastadas inscripciones cubiertas de musgo desde hacía largo tiempo o simplemente erosionadas por siglos de viento y lluvia. Parecía preocupado y lo estaba, por la sencilla razón de que en la colecta de esa mañana tendría que haber habido *dos* billetes de cinco libras. ¿Era posible que la señora Walsh-Atkins hubiera agotado al fin su reserva de dichos billetes y en su lugar hubiera dejado cinco de una libra? No obstante, si lo había hecho, sería la primera vez en... ¡años y años! No. Había una explicación mucho más probable, una explicación que perturbaba terriblemente a Lawson. Sin embargo, existía una remota posibilidad de que estuviera equivocado. «No juzguéis y no seréis juzgados». No juzguéis, al menos hasta que las pruebas sean irrefutables. Sacó su cartera y de ella extrajo un trozo de papel en el que a primera hora de esa mañana había anotado el número de serie del billete de cinco libras que él mismo había guardado y sellado en un pequeño sobre marrón que luego incluyó en la colecta de la misa. No hacía más de tres minutos que había comprobado las tres últimas cifras del billete de cinco libras que Harry Josephs había guardado en la lata de galletas: no eran los números que él había apuntado.

Hacía varias semanas que Lawson sospechaba algo así y ahora tenía la prueba. Sabía que debía de haberle pedido a Josephs que se vaciara los bolsillos allí mismo: ese era su deber como sacerdote y como amigo (¿amigo?), pues sin duda Josephs llevaría encima el billete de cinco libras que acababa de robar del ofertorio. Finalmente, Lawson miró el trozo de papel que tenía en la mano y leyó el número de serie que había escrito antes de la misa: AN 50 405546. Alzó la vista lentamente y contempló una vez más el cementerio. El cielo se había nublado de repente, y cuando media hora después caminaba hacia la vicaría de St. Ebbe, el aire estaba cargado y amenazaba lluvia. Parecía que alguien hubiera apagado el sol con un interruptor.